



## IRÁN 2026 III PARTE El Dominio Físico

*Capacidad, conducción y fricción en el tablero estratégico de Medio Oriente*

General Oswaldo Moreno  
ASOCID – ECUADOR  
Quito, 23 de abril de 2026



*Método Mental Sistémico by Osmov 5D, AAI*

**QUITO** — El artículo “**El pensamiento geoestratégico en Medio Oriente**”, del general de división (S.P.) Oswaldo Jarrín Román (Forbes—Ecuador), reabre una verdad mayor del pensamiento estratégico: la guerra no ocurre en el vacío. Ocurre en espacios concretos, sobre relieves determinados, a través de accesos, corredores, fronteras, litorales, estrechos y profundidades estratégicas. La geografía no sustituye a la estrategia, pero sí la condiciona, la encausa y, en no pocas ocasiones, la castiga.

Desde esa premisa, este comentario propone una lectura complementaria desde el método Osmov. El valor del planteamiento no está en contradecir al maestro, sino en prolongar su reflexión hacia una arquitectura analítica más integradora. Si la geografía sitúa, la estrategia ordena; si la voluntad política decide, la fricción corrige; si los fines señalan el propósito, los modos y los medios revelan la viabilidad. Allí aparece la utilidad del enfoque clásico de Arthur F. Lykke Jr., quien popularizó la relación entre **fines, modos y medios**, advirtiendo que el desbalance entre ellos genera riesgo estratégico. La literatura estratégica posterior amplió esa intuición y mostró que el desequilibrio no solo produce “incomodidad”, sino oscilación, vulnerabilidad y, en casos extremos, colapso de la estrategia.

El método Osmov recoge esa advertencia, pero la traslada a una representación más dinámica. En lugar de concebir el problema únicamente como una mesa de tres patas que pierde equilibrio, lo interpreta como una

**balanza de tres ejes** en la que cada desproporción produce una inclinación acumulativa; dicho de otro modo, una “**balanza chueca**”. Esa deformación no es un mero error de diseño: es el peso relativo que empieza a activar la fricción de la guerra. Así, el riesgo deja de ser una nota marginal y pasa a convertirse en un fenómeno estructural que enlaza voluntad, capacidad, conducción y entorno.

Aplicado al caso de Irán, el análisis geoestratégico demuestra que la guerra no puede comprenderse solo por la fuerza militar disponible. Irán ocupa una posición bisagra entre el Golfo Pérsico, el Golfo de Omán, el entorno del estrecho de Ormuz, el Cáucaso, Asia Central y el espacio mesopotámico; por ello, su relevancia estratégica no deriva únicamente de su poder nacional, sino de su localización y de su capacidad de interferir en corredores terrestres y marítimos de valor global. Britannica resume esa centralidad geográfica al ubicar a Irán entre el Caspio al norte, el Golfo Pérsico y el Golfo de Omán al sur, con extensas fronteras terrestres y marítimas; del mismo modo, el Golfo Pérsico desemboca en su punto más angosto en el estrecho de Ormuz, uno de los pasos marítimos más sensibles del sistema energético mundial

En consecuencia, la principal enseñanza del artículo comentado puede formularse así: la guerra no se explica por una sola variable. Se comprende por la interacción entre espacio, decisión, poder, legitimidad, percepción y tiempo. Ese es, precisamente, el terreno

donde Osmov busca aportar: no sustituir la teoría clásica, sino ofrecer una lectura de mayor espesor para tiempos de guerra híbrida, multidominio y competencia prolongada

## ANTECEDENTES

En la historia del pensamiento estratégico, la geografía nunca ha sido un decorado. Halford J. Mackinder convirtió esa intuición en una tesis clásica al proponer que la estructura territorial euroasiática tenía efectos decisivos sobre la política mundial. Su artículo “**El pivote geográfico de la historia**”, publicado en 1904, marcó un punto de inflexión en la geopolítica moderna. A su vez, Arthur F. Lykke Jr. formuló una de las expresiones más influyentes de la estrategia militar contemporánea al estructurarla a partir de **finés, modos y medios**. Su planteamiento ha mantenido vigencia doctrinaria en la enseñanza estratégica estadounidense y sigue siendo una referencia obligada en estudios de conducción militar.

El general Jarrín pertenece a una generación de pensadores militares que no separa la seguridad de la geografía ni la defensa de la política exterior. Ese rasgo vuelve especialmente valioso su enfoque, porque rescata una visión integral del poder nacional. En esa escuela de pensamiento, la guerra no es solo el empleo de la fuerza; es una relación entre espacio, conducción, intereses y voluntad. Esa misma sensibilidad aparece también en el marco de Arthur Lykke Jr., cuya formulación de estrategia como relación entre fines, modos y medios fue adoptada de manera amplia en la enseñanza militar estadounidense desde finales de los años ochenta.

Ahora bien, la utilidad del modelo de Lykke no consiste en repetir una ecuación pedagógica, sino en entender la advertencia que contiene: cuando los objetivos exceden a los recursos, cuando los métodos no corresponden a los fines, o cuando los medios no sostienen los modos elegidos, emerge el riesgo estratégico. Algunos estudios posteriores incluso representaron ese desbalance como “wobble” o tambaleo

estratégico antes del colapso. Ese punto es decisivo para la reflexión de Osmov: la fricción no aparece solamente en el contacto táctico con el enemigo; comienza antes, en la asimetría interna del diseño estratégico.

Desde esa base, el método Osmov plantea una profundización. Su interés no está solamente en la forma de la estrategia, sino en la resistencia del sistema cuando entra en contacto con la fricción. No pregunta únicamente qué se quiere lograr, sino si la estructura real del actor tiene la solidez necesaria para sostener lo que pretende cuando la incertidumbre, el azar, el riesgo y la historia dejan de ser variables abstractas y se convierten en carga.

## ANÁLISIS GEOESTRATÉGICO: **Heartland, el corazón del mundo e Irán**

La evocación del **heartland** obliga a una precisión. En sentido estricto, la tesis clásica de Mackinder no identifica a Irán como el “corazón del mundo” en su formulación original; el núcleo duro del heartland se vinculó históricamente al interior euroasiático. Sin embargo, desde una lectura geoestratégica contemporánea, Irán puede ser interpretado como un **espacio bisagra** entre el heartland euroasiático, el rimland y los corredores energéticos del océano Índico. Esa ya no es una cita literal de Mackinder, sino una inferencia moderna sobre la relevancia de Irán en la conexión entre Asia Central, el Cáucaso, Mesopotamia y el Golfo.

Irán posee una condición geográfica singular. Limita al norte con el mar Caspio, al sur con el Golfo Pérsico y el Golfo de Omán, y comparte vecindad con Turquía, Irak, Afganistán, Pakistán, Armenia, Azerbaiyán y Turkmenistán. Esa combinación le confiere profundidad territorial, acceso marítimo, proyección continental y capacidad de influir sobre una de las zonas de paso energético más sensibles del planeta.

Por eso, desde la geopolítica aplicada al conflicto, Irán no debe leerse solo como Estado nacional, sino como **nodo estratégico**. Su valor reside en cuatro dimensiones simultáneas: control relativo de

accesos, posición de bisagra regional, potencial de interdicción sobre corredores críticos y capacidad simbólica de irradiar poder político-religioso más allá de sus fronteras. La geografía iraní, además, no es homogénea; combina montañas, mesetas, desiertos y litorales, rasgo que influye tanto en la defensa terrestre como en la compartimentación operativa del territorio.

En ese sentido, la guerra en torno a Irán demuestra que la geografía sigue siendo una variable maestra. Quien ignore el estrecho de Ormuz, el valor del Golfo Pérsico, la articulación con el Caspio y la proyección sobre Asia occidental terminará interpretando el conflicto como un simple choque de voluntades, cuando en realidad se trata de una disputa por posición, acceso y capacidad de bloqueo.

Desde este ángulo, el artículo del general Jarrín acierta al recordar que la guerra sigue teniendo mapa. Pero el mapa, en el caso iraní, no es un fondo pasivo: es un actor silencioso. El relieve, el litoral, los estrechos, la profundidad y la vecindad regional condicionan no solo la maniobra militar, sino también la percepción internacional del conflicto.

### **Réplica de la teoría clásica desde el método Osmov**

Uno de los méritos que se otorga a Arthur Lykke Jr. es haber fijado una gramática clara para pensar la estrategia: **finés** como objetivos, **modos** como conceptos o cursos de acción, y **medios** como recursos o instrumentos disponibles. Esa fórmula fue difundida ampliamente en la educación estratégica estadounidense y sigue siendo punto de partida obligado.

No obstante, la experiencia histórica demuestra que el problema no radica únicamente en enumerar esos tres componentes, sino en medir su correspondencia real. De allí la potencia de la metáfora del taburete o banco de tres patas: cuando una pata es más corta, el sistema se inclina; cuando la diferencia crece, aparece el tambaleo; cuando el desbalance se vuelve

extremo, sobreviene la caída. Estudios posteriores al esquema original de Lykke desarrollaron esta idea como riesgo aspiracional, riesgo de diseño y riesgo de menú, según el tipo de ruptura entre fines, modos y medios.

Es en este punto donde el método Osmov añade una lectura propia. La estrategia no solo se desequilibra: **se deforma**. La razón es sencilla: una estrategia no fracasa únicamente por la ambición de sus objetivos o por la insuficiencia de sus recursos visibles, sino por la pérdida de estabilidad interna del sistema cuando este es sometido a tensiones acumulativas.

Por ello, Osmov desplaza el análisis desde la finalidad declarada hacia un plano más exigente: la relación entre la **capacidad efectiva** de un actor y la **conducción estratégica** que orienta esa capacidad. En esta perspectiva, lo decisivo no es solo lo que se quiere lograr, sino la aptitud real del sistema para sostenerse bajo presión, conservar coherencia, absorber fricción y mantener dirección en medio de condiciones adversas.

Ese cambio de enfoque permite comprender mejor la dinámica del conflicto contemporáneo. Muchas veces los fines se proclaman con solemnidad, pero no son ellos los que revelan la verdadera solidez estratégica. Lo que pone a prueba a un Estado, a una coalición o a una fuerza es la consistencia entre su potencia disponible y la calidad de su conducción cuando ambas entran en contacto con un entorno cargado de riesgo, incertidumbre, azar e historia.

Es allí donde aparece una de las nociones más sugerentes del método Osmov: la **“balanza chueca”**. Esta no debe entenderse como un simple desbalance entre aspiraciones y recursos, sino como la representación doctrinaria de una estructura que comienza a inclinarse cuando la carga de la fricción supera la armonía interna del sistema. La estrategia, en consecuencia, deja de ser observada como una construcción estática y pasa a ser examinada como un organismo sometido a peso, tensión, desgaste y deriva.

La diferencia con la teoría clásica es, entonces, de profundidad analítica. Mientras aquella organiza la estrategia en su forma general, Osmov examina su comportamiento bajo presión. Mientras aquella describe una arquitectura, Osmov observa su resistencia. Y mientras los enfoques tradicionales tienden a privilegiar la formulación del propósito, Osmov concentra la atención en la estabilidad real del sistema cuando la guerra deja de ser idea y empieza a convertirse en fricción.

En esa línea, el aporte de Osmov no consiste en negar la tradición estratégica, sino en prolongarla hacia una lectura más rigurosa del conflicto. Su valor reside en mostrar que la verdadera prueba de una estrategia no se encuentra en la belleza de su formulación, sino en su capacidad de mantenerse en pie cuando el peso de la realidad comienza a torcerla.

### **Dominios dominantes**

La guerra contemporánea exige abandonar la idea de un campo de batalla exclusivamente físico. En el caso iraní, el espacio material sigue siendo decisivo, pero no suficiente. El dominio físico incluye territorio, costas, estrechos, bases, líneas logísticas, misiles, capacidades navales y defensa aérea. Ese dominio se explica parcialmente por la geografía del país y por su relación con el Golfo Pérsico, el Golfo de Omán y el estrecho de Ormuz.

El dominio cognitivo, en cambio, remite a la percepción, la narrativa, la disuasión psicológica y la legitimidad de la acción. Irán ha comprendido históricamente que, en conflictos asimétricos, el relato puede compensar parcialmente la inferioridad relativa en ciertos medios convencionales. La guerra ya no se libra solo para destruir capacidades; también para moldear la interpretación del conflicto por parte de la propia población, de los aliados, de los adversarios y de la comunidad internacional. Esta observación no depende de una sola fuente, sino de una inferencia estratégica consistente con la evolución doctrinal de la guerra híbrida y con el peso que la literatura reciente asigna a la articulación entre

objetivos políticos y efectos no puramente militares.

El dominio tecnológico añade otra capa de complejidad. Misiles, drones, guerra electrónica, vigilancia, ciberoperaciones y sistemas de precisión modifican la relación entre espacio y tiempo. Pero la tecnología no anula la geografía; más bien la revaloriza, porque permite explotar cuellos de botella, profundidades, coberturas, refugios y líneas de comunicación con mayor velocidad. En otras palabras, el mapa sigue existiendo; solo que ahora respira a una velocidad técnica más alta.

El dominio legal también es central. En un teatro como el iraní, la legalidad internacional, la libertad de navegación, el uso de la fuerza, las sanciones, el derecho del mar y la legitimidad de las represalias pesan sobre la conducta estratégica tanto como los arsenales. Por eso, un análisis serio no puede limitarse al inventario militar. Toda acción sobre espacios sensibles como Ormuz se proyecta de inmediato al plano jurídico y diplomático, donde la narrativa de legitimidad puede fortalecer o debilitar la eficacia de la maniobra.

A ello se suman los dominios social y político. La cohesión interna, la resiliencia de la población, el peso de la identidad nacional, la relación entre élites y sociedad, y la capacidad del régimen para sostener sacrificios prolongados forman parte de la ecuación estratégica. La guerra de Irán, vista desde Osmov, no sería entonces un fenómeno militar aislado, sino una interacción entre dominios superpuestos, donde cada uno corrige, amplifica o limita al otro. Allí reside una enseñanza de fondo: cuando se analiza una guerra solo con medios militares, se comprende menos de la mitad del problema.

### **CONCLUSIONES**

El artículo del general Oswaldo Jarrín tiene el mérito de recordar una verdad que el pensamiento apresurado suele olvidar: la guerra sigue estando anclada a la geografía. Los Estados pueden imaginar grandes diseños estratégicos, pero esos diseños

siempre terminan enfrentándose con litorales, montañas, estrechos, profundidades y corredores.

La segunda conclusión es que la teoría de fines, modos y medios sigue siendo útil como gramática estratégica, pero no agota el problema. Su valor reside en ordenar el pensamiento; su límite aparece cuando se pretende explicar, con ella sola, la fricción real del conflicto.

La tercera conclusión, ya desde Osmov, es que la prueba mayor de una estrategia no está en la elegancia de su formulación, sino en su capacidad para mantenerse en pie cuando el peso de la realidad comienza a inclinarla. Allí se vuelve útil la imagen de la “balanza chueca”: no como licencia literaria, sino como representación de una estabilidad que se deteriora bajo carga.

Finalmente, Irán enseña que ningún conflicto estratégico serio puede ser leído desde una sola dimensión. Geografía, energía, narrativa, derecho, tecnología, cohesión social y conducción política forman parte de un solo sistema. Quien no vea esa simultaneidad podrá describir episodios; difícilmente comprenderá el conflicto.

### **Cierre filosófico**

El buen estratega no desprecia la geografía ni se somete ciegamente a ella: la interpreta.

Ese quizá sea el punto más fino que deja esta reflexión. Los Estados no eligen dónde nacen, pero sí pueden decidir cómo piensan el espacio que habitan. Allí se separa la improvisación de la conducción, la retórica del juicio, la ambición del equilibrio.

Si el maestro nos recuerda que la guerra tiene mapa, corresponde al analista añadir que también tiene peso. No basta con querer; no basta con declarar; no basta con prometer. Lo decisivo es la capacidad de sostenerse cuando la realidad deja de ser una hipótesis y comienza a ejercer presión.

En esa hora, la estrategia revela su verdad. No en el discurso, sino en la resistencia. No en el diseño, sino en la estabilidad. No en la

consigna, sino en la forma en que soporta la fricción sin perder dirección.

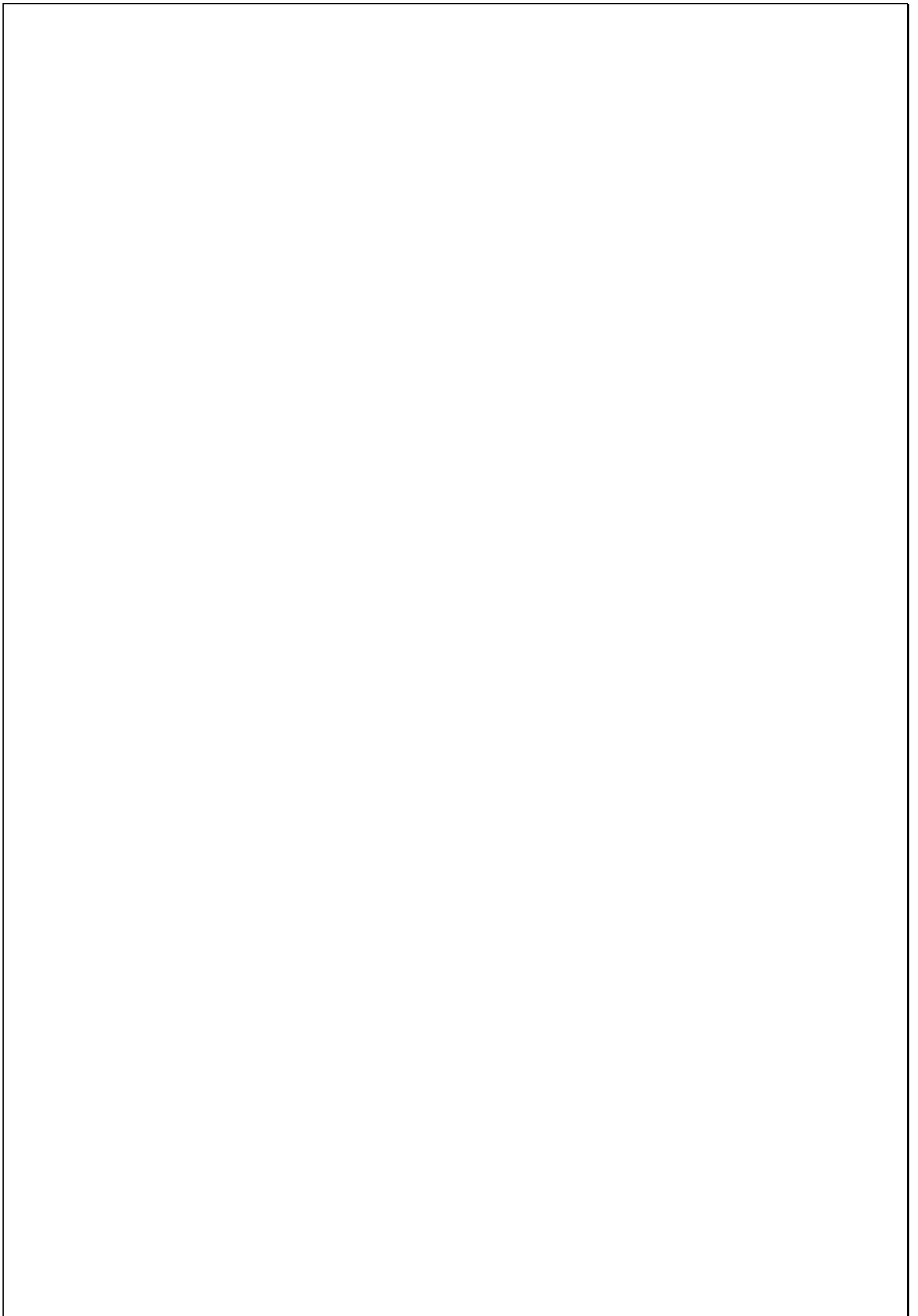
Comentar a un maestro, entonces, no es desafiarlo. Es honrarlo prolongando la conversación.

---

### **Referencias:**

- Britannica. (2026). Irán. Encyclopaedia Britannica.
- Jarrín Román, “El pensamiento geoestratégico en Medio Oriente”. Revista Forbes, Ecuador 2026. Documento base del comentario.
- Mackinder, H. J. (1904). The Geographical Pivot of History. The Geographical Journal, 23(4).
- Lykke, A. F., Jr. (1989/1997 ed. consultada). Defining Military Strategy. Military Review.
- Meiser, J. W. (2016). Ends + Ways + Means = (Bad) Strategy. Parameters.
- Moreno, Miguel. (2026, 10 de marzo). Irán, Ormuz y el Punto Culminante Invisible. Claves para la resolución estratégica del conflicto. Referenciado en repositorios institucionales y listados académicos. ([aguena.armada.mil.ec](mailto:aguena.armada.mil.ec))
- Moreno, Miguel. (2026, 10 de abril). La Sentencia de Ormuz. Validación del Punto Culminante Invisible (PCI) y la Estrategia de Cierre.
- Moreno, Miguel. (2026, 15 de abril). Irán 2026: el día de las definiciones. Entre la pausa estratégica o el colapso sistémico.
- Moreno, Miguel. (2026, 25 de febrero). El Punto Culminante Invisible. La retirada estratégica en el umbral del conflicto. ([aguena.armada.mil.ec](mailto:aguena.armada.mil.ec))

[osmov@hotmail.com](mailto:osmov@hotmail.com)



## IRAN 2026 PART III The Physical Domain

*Capacity, Leadership, and Friction  
in the strategic board of the Middle  
East*

General Oswaldo Moreno  
ASOCID – ECUADOR  
Quito, April 23, 2026



*Systemic Mental Method by Osmov 5D, AAI*

**QUITO** — The article “**Geostrategic Thought in the Middle East,**” by General of Division (Ret.) Oswaldo Jarrín Román (Forbes—Ecuador), reopens a major truth of strategic thought: war does not occur in a vacuum. It occurs in concrete spaces, over specific reliefs, through access routes, corridors, borders, coastlines, straits, and strategic depths. Geography does not replace strategy, but it does condition it, channel it, and, on many occasions, punish it.

From that premise, this commentary proposes a complementary reading from the Osmov method. The value of the argument does not lie in contradicting the master, but in extending his reflection toward a more integrative analytical architecture. If geography situates, strategy orders; if political will decides, friction corrects; if ends indicate purpose, ways and means reveal viability. Here appears the usefulness of the classical approach of Arthur F. Lykke Jr., who popularized the relationship among ends, ways, and means, warning that imbalance among them generates strategic risk. Later strategic literature broadened that insight and showed that disequilibrium not only produces “discomfort,” but also oscillation, vulnerability, and, in extreme cases, the collapse of strategy.

The Osmov method takes up that warning, but translates it into a more dynamic representation. Instead of conceiving the problem only as a three-legged table that loses balance, it interprets it as a three-axis balance in which every disproportion produces an

accumulative inclination; in other words, a “**crooked balance.**” That deformation is not a mere design error: it is the relative weight that begins to activate the friction of war. Thus, risk ceases to be a marginal note and becomes a structural phenomenon linking will, capability, leadership, and environment.

Applied to the case of Iran, geostrategic analysis shows that war cannot be understood only through the military force available. Iran occupies a hinge position between the Persian Gulf, the Gulf of Oman, the Strait of Hormuz environment, the Caucasus, Central Asia, and the Mesopotamian space; therefore, its strategic relevance derives not only from its national power, but also from its location and from its capacity to interfere in land and maritime corridors of global value.

Consequently, the main lesson of the article under comment may be formulated as follows: war is not explained by a single variable. It is understood through the interaction among space, decision, power, legitimacy, perception, and time. That is precisely the ground on which Osmov seeks to contribute: not to replace classical theory, but to offer a reading of greater depth for times of hybrid war, multidomain conflict, and prolonged competition.

### **BACKGROUND**

In the history of strategic thought, geography has never been mere scenery. Halford J. Mackinder turned that intuition into a classical thesis by proposing that the Eurasian territorial structure had decisive effects on world politics. His article “**The**

**Geographical Pivot of History,”** published in 1904, marked a turning point in modern geopolitics. In turn, Arthur F. Lykke Jr. formulated one of the most influential expressions of contemporary military strategy by structuring it around ends, ways, and means. His approach has maintained doctrinal validity in U.S. strategic education and continues to be a mandatory reference in studies of military leadership.

General Jarrín belongs to a generation of military thinkers who do not separate security from geography, nor defense from foreign policy. That trait makes his approach especially valuable, because it recovers an integral vision of national power. In that school of thought, war is not only the employment of force; it is a relationship among space, leadership, interests, and will. That same sensitivity also appears in the framework of Arthur F. Lykke Jr., whose formulation of strategy as a relationship among ends, ways, and means was widely adopted in U.S. military education from the late 1980s onward.

Now, the usefulness of Lykke’s model does not consist in repeating a pedagogical equation, but in understanding the warning it contains: when objectives exceed resources, when methods do not correspond to the ends, or when means do not sustain the chosen ways, strategic risk emerges. Some later studies even represented that imbalance as “wobble” or strategic staggering before collapse. That point is decisive for Osmov’s reflection: friction does not appear only in tactical contact with the enemy; it begins earlier, in the internal asymmetry of strategic design.

From that basis, the Osmov method proposes a deepening. Its interest lies not only in the form of strategy, but in the resistance of the system when it comes into contact with friction. It does not ask only what one wants to achieve, but whether the actor’s real structure has the necessary solidity to sustain what it intends when uncertainty, chance, risk, and history cease to be abstract variables and become burden.

## **GEOSTRATEGIC ANALYSIS**

### **Heartland, the heart of the world, and Iran**

The evocation of the **heartland** requires a clarification. Strictly speaking, Mackinder’s classical thesis does not identify Iran as the “heart of the world” in its original formulation; the hard core of the heartland was historically linked to the Eurasian interior. However, from a contemporary geostrategic reading, Iran may be interpreted as a hinge space between the Eurasian heartland, the rimland, and the energy corridors of the Indian Ocean. That is no longer a literal quotation from Mackinder, but rather a modern inference about Iran’s relevance in the connection among Central Asia, the Caucasus, Mesopotamia, and the Gulf.

Iran possesses a singular geographical condition. It borders the Caspian Sea to the north, the Persian Gulf and the Gulf of Oman to the south, and shares neighborhood with Turkey, Iraq, Afghanistan, Pakistan, Armenia, Azerbaijan, and Turkmenistan. That combination gives it territorial depth, maritime access, continental projection, and the capacity to influence one of the most sensitive energy transit zones on the planet.

For that reason, from the geopolitics applied to conflict, Iran should not be read only as a nation-state, but as a strategic node. Its value lies in four simultaneous dimensions: relative control of access routes, regional hinge position, interdictive potential over critical corridors, and the symbolic capacity to radiate political-religious power beyond its borders. Iranian geography, moreover, is not homogeneous; it combines mountains, plateaus, deserts, and coastlines, a trait that influences both land defense and the operational compartmentalization of the territory.

In that sense, the war surrounding Iran shows that geography continues to be a master variable. Whoever ignores the Strait of Hormuz, the value of the Persian Gulf, the articulation with the Caspian, and the

projection over Western Asia will end up interpreting the conflict as a simple clash of wills, when in reality it is a dispute over position, access, and blocking capacity.

From this angle, General Jarrín's article is right in reminding us that war still has a map. But the map, in the Iranian case, is not a passive background: it is a silent actor. Relief, coastline, straits, depth, and regional neighborhood condition not only military maneuver, but also the international perception of the conflict.

### **REPLY TO CLASSICAL THEORY FROM THE OSMOV METHOD**

One of the merits attributed to Arthur Lykke Jr. is that he established a clear grammar for thinking about strategy: ends as objectives, ways as concepts or courses of action, and means as available resources or instruments. That formula was widely disseminated in U.S. strategic education and remains a mandatory point of departure.

Nevertheless, historical experience shows that the problem does not lie only in enumerating those three components, but in measuring their real correspondence. Hence the strength of the metaphor of the three-legged stool or bench: when one leg is shorter, the system tilts; when the difference grows, wobbling appears; when the imbalance becomes extreme, collapse follows. Studies after Lykke's original scheme developed this idea as aspirational risk, design risk, and menu risk, depending on the type of rupture among ends, ways, and means.

It is at this point that the Osmov method adds its own reading. Strategy does not only become unbalanced: it becomes deformed. The reason is simple: a strategy does not fail only because of the ambition of its objectives or the insufficiency of its visible resources, but because of the loss of the system's internal stability when it is subjected to accumulative tensions.

For that reason, Osmov shifts the analysis from declared purpose toward a more demanding plane: the relationship between an actor's effective capability and the strategic

leadership that guides that capability. In this perspective, what is decisive is not only what one wants to achieve, but the system's real aptitude to sustain itself under pressure, preserve coherence, absorb friction, and maintain direction in the midst of adverse conditions.

That change of focus makes it possible to understand the dynamics of contemporary conflict more clearly. Many times ends are proclaimed with solemnity, but they are not what reveals true strategic solidity. What tests a state, a coalition, or a force is the consistency between its available power and the quality of its leadership when both come into contact with an environment burdened by risk, uncertainty, chance, and history.

It is there that one of the most suggestive notions of the Osmov method appears: the **"crooked balance."** This should not be understood as a simple imbalance between aspirations and resources, but as the doctrinal representation of a structure that begins to tilt when the burden of friction exceeds the internal harmony of the system. Strategy, consequently, ceases to be observed as a static construction and begins to be examined as an organism subjected to weight, tension, wear, and drift.

The difference from classical theory, then, is one of analytical depth. Whereas the latter organizes strategy in its general form, Osmov examines its behavior under pressure. Whereas the former describes an architecture, Osmov observes its resistance. And whereas traditional approaches tend to privilege the formulation of purpose, Osmov concentrates attention on the real stability of the system when war ceases to be an idea and begins to become friction.

Along that line, Osmov's contribution does not consist in denying the strategic tradition, but in extending it toward a more rigorous reading of conflict. Its value lies in showing that the true test of a strategy is not found in the beauty of its formulation, but in its capacity to remain standing when the weight of reality begins to bend it.

## DOMINANT DOMAINS

Contemporary war requires abandoning the idea of an exclusively physical battlefield. In the Iranian case, material space remains decisive, but not sufficient. The physical domain includes territory, coastlines, straits, bases, logistical lines, missiles, naval capabilities, and air defense. That domain is explained partially by the country's geography and by its relationship with the Persian Gulf, the Gulf of Oman, and the Strait of Hormuz.

The cognitive domain, by contrast, refers to perception, narrative, psychological deterrence, and the legitimacy of action. Iran has historically understood that, in asymmetric conflicts, narrative can partially compensate for relative inferiority in certain conventional means. War is no longer waged only to destroy capabilities; it is also fought to shape the interpretation of the conflict by the population itself, by allies, by adversaries, and by the international community. This observation does not depend on a single source, but on a strategic inference consistent with the doctrinal evolution of hybrid warfare and with the weight that recent literature assigns to the articulation between political objectives and effects that are not purely military.

The technological domain adds another layer of complexity. Missiles, drones, electronic warfare, surveillance, cyber-operations, and precision systems modify the relationship between space and time. But technology does not annul geography; rather, it revalues it, because it makes it possible to exploit chokepoints, depths, cover, sanctuaries, and lines of communication with greater speed. In other words, the map still exists; only now it breathes at a higher technical speed.

The legal domain is also central. In a theatre such as the Iranian one, international legality, freedom of navigation, the use of force, sanctions, the law of the sea, and the legitimacy of reprisals weigh upon strategic conduct just as much as arsenals do. For that reason, a serious analysis cannot be limited to military inventory. Every action over sensitive

spaces such as Hormuz is immediately projected onto the legal and diplomatic plane, where the narrative of legitimacy may strengthen or weaken the effectiveness of maneuver.

Added to this are the social and political domains. Internal cohesion, the resilience of the population, the weight of national identity, the relationship between elites and society, and the regime's capacity to sustain prolonged sacrifices form part of the strategic equation. The war of Iran, viewed from Osmov, would therefore not be an isolated military phenomenon, but an interaction among overlapping domains, where each one corrects, amplifies, or limits the other. Therein lies a fundamental lesson: when a war is analyzed only with military means, less than half of the problem is understood.

## CONCLUSIONS

General Oswaldo Jarrín's article has the merit of reminding us of a truth that hurried thinking often forgets: war remains anchored to geography. States may imagine great strategic designs, but those designs always end up confronting coastlines, mountains, straits, depths, and corridors.

The second conclusion is that the theory of ends, ways, and means remains useful as a strategic grammar, but it does not exhaust the problem. Its value lies in ordering thought; its limit appears when one attempts to explain, with it alone, the real friction of conflict.

The third conclusion, now from Osmov, is that the greatest test of a strategy lies not in the elegance of its formulation, but in its capacity to remain standing when the weight of reality begins to incline it. There the image of the "**crooked balance**" becomes useful: not as a literary license, but as the representation of a stability that deteriorates under load.

Finally, Iran teaches that no serious strategic conflict can be read from a single dimension. Geography, energy, narrative, law, technology, social cohesion, and political leadership form part of a single system. Whoever does not see that simultaneity may

describe episodes, but will hardly understand the conflict.

### **PHILOSOPHICAL CLOSING**

The good strategist does not despise geography, nor does he submit blindly to it: he interprets it.

That is perhaps the finest point left by this reflection. States do not choose where they are born, but they may decide how they think about the space they inhabit. There lies the separation between improvisation and leadership, rhetoric and judgment, ambition and equilibrium.

If the master reminds us that war has a map, it falls to the analyst to add that it also has weight. It is not enough to want; it is not enough to declare; it is not enough to promise. What is decisive is the capacity to sustain oneself when reality ceases to be a hypothesis and begins to exert pressure.

At that hour, strategy reveals its truth. Not in discourse, but in resistance. Not in design, but in stability. Not in slogans, but in the way it bears friction without losing direction.

To comment on a master, then, is not to challenge him. It is to honor him by extending the conversation.

---

### **REFERENCES**

- Britannica. (2026). Iran. Encyclopaedia Britannica.
- Jarrín Román, O. (n.d.). Geostrategic Thought in the Middle East. Base text discussed in this commentary. Lykke, A. F., Jr. (1989/1997 consulted edition). Defining Military Strategy. Military Review. ([armyupress.army.mil](http://armyupress.army.mil))
- Mackinder, H. J. (1904). The Geographical Pivot of History. The Geographical Journal, 23(4). ([Dipartimento di Scienze Politiche](http://Dipartimento di Scienze Politiche))
- Meiser, J. W. (2016). Ends + Ways + Means = (Bad) Strategy. Parameters. ([USAWC Press](http://USAWC Press))
- Moreno, Miguel. (2026, March 10). Iran, Hormuz, and the Invisible Culminating

Point: Keys to the Strategic Resolution of the Conflict. Referenced in academic and institutional listings.

([aguena.armada.mil.ec](http://aguena.armada.mil.ec))

- Moreno, Miguel. (2026, April 10). The Sentence of Hormuz: Validation of the Invisible Culminating Point (ICP) and the Closure Strategy. Author's doctrinal reference.
- Moreno, Miguel. (2026, April 15). Iran 2026: The Day of Decision. Between Strategic Pause and Systemic Collapse. Author's doctrinal reference.
- Moreno, Miguel. (2026, February 25). The Invisible Culminating Point: Strategic Withdrawal at the Threshold of Conflict. Author's doctrinal reference. ([aguena.armada.mil.ec](http://aguena.armada.mil.ec))

[osmov@hotmail.com](mailto:osmov@hotmail.com)